

Memorialistas & Viajeros

William Golding: “Diario Egipcio”

Bartolomé Leal, desde Santiago

Existen pocos libros en el género fantástico tan significativos como la novela *El señor de las moscas* (1954), del inglés William Golding (1911-1993). Se trata de una narración alegórica que intenta develar la violencia latente en la especie humana, la cual explota sin límites cuando se halla sometida a las angustias del cambio de fase libidinal (por ponerlo en términos freudianos). Unos pulcros escolares ingleses, empujados por el hambre y el miedo al verse abandonados en una isla, se convierten en crueles servidores del mal y pierden todo atisbo de civilización. El libro encantó a los seguidores de la ciencia-ficción especulativa. Golding avanzó luego en el tema del primitivismo con la poco conocida aunque no menos atractiva novela *Los herederos* (1955); y en los intrincados meandros del mito, la religión y la historia, en *El dios escorpión* (1971).

En las páginas iniciales de su *Diario Egipcio* (1985), Golding explica lo mucho que el caleidoscópico tema del antiguo Egipto fascinó a su generación, en tanto jóvenes ávidos de comprender la naturaleza humana, al margen de los análisis convencionales; y al mismo tiempo deseosos de satisfacer una propensión a la aventura, conforme a los impulsos del proceso de maduración. Expone una teoría simpática: su generación se dividía entre los que buscaban en la literatura popular un campo para desarrollar la inteligencia racional (las deducciones *a là* Sherlock Holmes de A. Conan Doyle); o bien la aventura hecha de misterio, irracionalidad, instinto y sorpresa. Y éstos eran sobre todo los lectores de H. Rider Haggard, el autor de los ciclos de *Ella* y *Allan Quatermain*; y que incursionó en la generosa fuente temática egipcia en varias novelas, entre otras una histórica, titulada *Cleopatra*.

Señala allí Golding el germen de su fascinación por el Egipto antiguo, sin negar lo mucho que fue impresionado por el descubrimiento de la tumba de Tutankamon, profusamente cubierta por la prensa de la época, incluidos las truculencias del tipo maldiciones, muertes misteriosas y extrañas epidemias. Según Golding; “Me resultaba más fácil creer en Horus, Isis y Osiris, que en la Santísima Trinidad”. Su interés nunca decae y habrán de pasar muchos años antes de poder visitar la tierra de los faraones por primera vez, ya maduro, y acompañado de su esposa. Su reacción es: “Descubrí que el Egipto de mis sueños simplemente no existía. Hube de cambiar todos mis esquemas. Egipto era más. ¡Mucho más!”.

Diez años después de esa primera experiencia, un William Golding de 62 años acepta una jugosa propuesta editorial de hacer un viaje por Egipto en un barco a lo largo del Nilo, para escribir este libro: *Diario Egipcio*. Había ganado el Premio Nobel de Literatura en 1983 y por tanto se erigía, comercialmente, en una veta a explotar por la industria del libro. El autor confiesa que en algún momento le bajó la tentación de escribir el libro sin viajar a Egipto, recurriendo a la extensísima literatura escrita sobre el tema, en los ámbitos histórico, artístico, religioso, lingüístico, arqueológico, esotérico y lo que se

quisiera. Había caído enfermo y conservaba no sólo los recuerdos de su anterior viaje sino diversos materiales, incluidas novelas. ¿Para qué ir a sufrir incomodidades? No estaba en edad y no le hacía falta el dinero, como lo reconoce. Pero ya estaba atrapado y prefirió cumplir su compromiso.

Cuando uno lee el texto final que salió de esta aventura, se da cuenta que el autor algo intuía. El viaje había de resultar mucho más complicado de lo que nunca imaginó. La incompetencia y el desorden inherentes a un país subdesarrollado, producto de un medio natural agreste y de una idiosincrasia diferente a la de un señor inglés, superan sus capacidades y debe pasarse días y días, kilómetros y kilómetros, batallando con un mediocre barco arrendado, una tripulación díscola y caprichosa, un país encanallado por el turismo de masas, una cotidianeidad difícil por lo ajena e incomprensible (desde las comidas y bebidas, al idioma y las necesidades higiénicas)... Tampoco había previsto que la época elegida era la de sequía, con el río Nilo en su nivel más bajo, de modo que en buena parte de la travesía sólo contempla las altas paredes del borde ribereño, a menudo infestadas de basura y ratas. Y nada de templos venerables ni pirámides majestuosas.

Se le viene esta reflexión: “Tenía que aceptar que todo lo que escribiera no sería sobre Egipto, sería sobre mí, vagando más o menos a voluntad entre la complejidad infinita, sin pescar nada específico... El problema no era que hubiera muchos Egipto, era que los había en mí, ninguno de ellos en conflicto y ninguno conectado”. Egipto es una palabra, cierto, pero cualquier pretensión de unidad tras ella es un espejismo en el tiempo; tal unidad no existió antes ni tampoco ahora.

Tras muchas peripecias (la mayoría nada glamorosas), reflexiones irónicas, asombros auténticos y placeres inesperados. William Golding concluye que había empezado, vivido y acabado el viaje agotado. Su único consuelo ante tanto embate lo expresa así: “Me ponía a anotar cosas en el diario, con ello me sentía mejor. Escribir es terapéutico”. Magro consuelo y, a la postre, un libro nada memorable; aunque sí divertido y original, inesperado, desmitificador, desesperado a ratos; pero con esa desesperación de quien se siente mal dentro de su pellejo y lo único que ansía es consumir una aventura que terminó por volverse pesadilla. ¡Pobre Mr. Golding! Expresa lo que tantos viajeros y turistas esconden: que lo han pasado realmente mal, pero se sienten obligados a declarar lo contrario. ¡Víctima de la fama! Y de su codicia, sin ánimo de ofender...

